

embargo, una carrera laboriosa. Repuesto de sus periódicos ataques de gota, después de algunos días de reposo en Tívoli ó Frascati, volvía á su régimen de abstinencias, ayunos y maceraciones. Pero durante el verano de 1568, fué atacado de fiebres violentas, complicadas con un tumor en la rodilla y con crisis de gota. Se le creyó perdido; únicamente su secretario repetía: «Tenemos mucha necesidad de él para que Dios se lo lleve.» El 4 de Mayo de 1569, apenas convaleciente, quiso ir á su querido santuario de Loreto, para dar gracias á la Santa Virgen por los favores recibidos durante su larga enfermedad. Volvió curado de Loreto y resuelto á «enmendar su vida.» En una carta dirigida á toda la Compañía, exhortó á sus hermanos «á seguir la vocación con más celo, amor y fuerza.» No contento con esta exhortación común, se dirigió directamente á aquellos en los cuales la acción tenía más influencia. Veía que sólo la última etapa le separaba del término, y quería franquearla con valor.

---

## CAPÍTULO IV

### LA ÚLTIMA LEGACIÓN

La Congregación trienal de los Procuradores iba á reunirse en Roma, en el mes de Junio de 1571. Dando de lado á las demás inquietudes, estudiaba Borja los graves asuntos que le habían de ser sometidos, cuando el 1.º de Junio, le hizo llamar Pío V. Estaba Chipre á punto de rendirse á los turcos, y el Papa, no contento con la alianza defensiva, concertaba ya con España y Venecia, acariciaba el proyecto de coligar todas las fuerzas cristianas para emprender una cruzada decisiva, á cuyo efecto resolvió enviar dos legaciones á los príncipes católicos. El cardenal Comendón, antiguo legado en Polonia, fué enviado á la corte del emperador Maximiliano y á la de Segismundo, rey de Polonia, y el cardenal Miguel Bonelli, sobrino del Papa, á la de los reyes de España y Portugal. Para acompañar como asesor al cardenal Comendón designó Pío V al padre Tolet, y quiso que Francisco de Borja acompañase á su sobrino.

Inquieto el P. Polanco, representó al papa la decepción que causaría á la Compañía la ausencia de su General, durante la Congregación, y el peligro que un viaje semejante haría correr al P. Francisco, cuya salud era precaria, Pío V vaciló, pero juzgando después que

por el bien de la Iglesia era necesario sacrificarlo todo, mantuvo su orden.

«Parecióme inaudito—escribía pocos días después Borja—cuando Su Santidad me la comunicó. Soy poco hábil para todo asunto importante, y creía hallar una excusa en mi edad y en mis enfermedades... Pero la obediencia debida al Vicario de Jesucristo, me impuso el silencio y aun me infundió el gusto por las fatigas. Jovial me llevará por mar y tierra... Nada se me ha ocurrido para evitar la obediencia tan pronto como he conocido la voluntad de Su Santidad; antes bien, he comprendido que por medio de ella se manifestaba la voluntad de Dios. Puesto que el Señor ha puesto este viaje en el espíritu de su Vicario, él infundirá en mi cuerpo las fuerzas necesarias.»

Francisco de Borja no se forjaba, sin embargo, ilusiones: este viaje le costaría la vida, pero la ofreció con fervor.

Apresura, pues, los trabajos de la Congregación, nombra nuevos provinciales y envía misioneros á Méjico. Su activa correspondencia lleva á todas partes las últimas órdenes y recomendaciones paternas, y él se pone en camino en 30 de Junio dejando al P. Jerónimo Nadal como vicario.

Su secretario, el P. Polanco, el P. Mirón, Asistente de España y Portugal, y el H. Marcos le acompañaban, así como también tres Procuradores de España. Deseoso de alimentar en los suyos una oración continua, dispuso que cada uno, por turno, rezara durante

una hora. El cardenal Bonelli quiso que su cortejo eclesiástico imitase este ejemplo.

Con delicada atención, había encargado el rey Felipe II á D. Fernando de Borja que recibiera en la frontera de España, y condujera hasta Madrid, á su padre Francisco y el legado. Ruy Gómez, el cardenal Espinosa y el mismo rey escribieron á Borja deseándole la bienvenida. Todo el viaje del Santo General iba á ser un triunfo, que en vano su humildad tratará de evitar: justa reparación de las mortificantes injusticias cometidas con él diez años antes.

El 28 de Agosto, se hallaba Borja en Barcelona. La ciudad acogió con transportes de alegría á su antiguo virrey, ahora tan desconocido. No había perdido aún sus hábitos de discordia; un litigio dividía al cabildo y á la oficialidad real, y el obispo de Mallorca, encargado de resolverlo, no llegaba nunca á poner de acuerdo á las partes. Estas dirigiéronse á Borja, quien en un día, las reconcilió.

El reino de Valencia esperaba impaciente al *Santo Duque*, á quien Carlos, actual duque de Gandía, Francisco, su hijo y su hermano Alfonso, salieron á recibir con numeroso séquito á Sagunto. El pueblo se extendía en dos filas por el camino que conduce á Valencia. Borja ordenó á sus hijos que le pusieran al servicio del legado, y la víspera de la entrada solemne en Valencia, se deslizó en la ciudad por una puerta vecina del colegio de la Compañía, huyendo así de toda ovación. El domingo predicó en la catedral, en presencia

del legado y del arzobispo. Hubo una verdadera batalla en las puertas para entrar, y en la calle gritaba la multitud: «¿Dónde está el Santo?» No se cansaba de admirar á aquel gran señor, ahora tan humilde, á aquel hombre, antiguamente tan corpulento, transformado en la viva imagen de la penitencia.

El santo arzobispo, Juan de Ribera, fué á verle al colegio. Francisco, atacado de la gota, se hallaba en cama. Al entrar en su habitación, se arrodilló Ribera, y volvió á arrodillarse cuando estuvo junto al enfermo. Este testimonio de honor transtornó á Francisco, que hubiera querido saltar de su lecho para arrojarse á los pies del arzobispo.

Gandía esperaba ver de nuevo á su querido soberano, y el corazón de Francisco debió palpar con fuerza al sentirse tan cerca de su buena ciudad, en donde su hermana y sus nietas, las clarisas, le llamaban, en donde tantos recuerdos le hubieran traído á la memoria un pasado tan querido; pero ningún ruego pudo decidirle á volver allá. Permaneció cuatro días en Valencia, y calmó muchas discordias. En una conferencia á los Padres del colegio, confesó que Dios le había mortificado en gran manera conduciéndole á un país en donde creía que tanto había ofendido al Señor.

El 29 de Septiembre entraba el legado en Madrid. Al encontrarse en el camino con un señor soberbiamente montado, le pareció á éste que Borja admiraba su caballo. El caballero sorprendió la mirada de Francisco, hizo ensillar

ricamente á su bestia y se la envió á aquel que había sabido apreciarla, y del que no ignoraba que fué antiguamente tan brillante caballero. Borja quedó conmovido del generoso proceder, pero devolvió el caballo.

Antes de acoger oficialmente al legado, quiso Felipe II ver á Francisco y le recibió en sus brazos: se habían desvanecido las antiguas desconfianzas. La corte siguió el ejemplo del monarca. La Inquisición autorizó por sí misma la impresión de las *Obras del Cristiano*, en otro tiempo condenada por ella y declarada ahora obra irreprochable y piadosísima. La reparación era completa.

En España, los partidarios de los derechos de regalía estaban en abierta lucha con los defensores de las inmunidades eclesiásticas. Borja indujo al rey á buscar los medios de buena inteligencia; se los indicó, y su intervención hubiera sido más bienhechora, si la muerte de Pío V, seguida de la suya, no hubiese interrumpido poco después las negociaciones. Las pruebas de veneración que se prodigaban al Santo General le eran odiosas, y para sustraerse de ellas, se encerraba en la casa de su hijo Fernando, pasando allí días enteros en oración. Con las ceremonias de la corte, á las cuales debía asistir, tomaba su humildad hábiles desquites. En cierta procesión, lo habían colocado, en calidad de ministro del Papa, cerca del legado. Pero como viese que arrastraba la cola de la capa del cardenal, la cogió, y con la cabeza descubierta, hizo el oficio de caudatario. Su hija la marquesa de Al-

cañices le envió ropa blanca, pero él la distribuyó entre los pobres del hospital. En Gandía había tenido que intervenir el Hermano Marcos para hacerle aceptar un vestido nuevo que le ofrecía su hijo Carlos. Visitaba un día, en Madrid, á su hermana Margarita, casada con Federico de Portugal. Le presentaron los hijos. «Hay todavía otra pequeñita» — dijo Francisco.—Fueron á buscar á esta pequeñita, y la encontraron vestida ya de clarisa; no contaban con ella, la destinaban al claustro. «No será religiosa—declaró Francisco,—sino señora y única heredera de sus padres.» Los mayores murieron, y la hija desdenada fué, efectivamente, la duquesa de Pastrana.

Felipe II acababa de tener un hijo, el infante D. Fernando. En la ceremonia del bautismo, quiso que Borja estuviese cerca del infante y le llevara algún tiempo en sus brazos. ¡Cuánto le había gustado, en otro tiempo, refugiarse en aquellos fieles brazos!

La legación de Portugal tenía dos fines; obtener del rey D. Sebastián que tomara parte en la cruzada, y sobre todo que, para asegurar el porvenir de su dinastía, consintiese en casarse. D. Sebastián, á la edad de diecisiete años, sacudió la tutela de su abuela la reina Catalina y aun desposeyó de sus cargos á algunos oficiales de la reina, la cual, irritada por sus procedimientos, quería abandonar á Portugal y volver á España.

El P. Luis González de la Cámara, encargado, á pesar suyo, de la educación del joven rey, había hecho de su discípulo un príncipe

irreprochable, el ídolo de Portugal. Pero Sebastián era biznieto de Juana la Loca. Una invencible obstinación, un amor insensato al peligro y la obsesión de imitar las hazañas de Scanderberg, denotaban en él fatales tendencias. Mientras vivió González, desvió al rey de sus proyectos de expedición al Africa. El profesor murió, nadie tuvo ya imperio sobre este príncipe exaltado, el cual iba á perderse, en 1578, en Alcázarquivir.

Entre tanto, la reina Catalina envidiaba la influencia que González, á ruego suyo, había adquirido sobre el rey, y ni ella, ni Felipe II, ni González, pudieron persuadir á D. Sebastián á que aceptara las alianzas que se le ofrecían. El cardenal legado y Borja tenían la misión de vencer la resistencia real, y concertar la unión de Sebastián y Margarita de Valois, hermana de Carlos IX.

El 3 de Diciembre de 1571 se hallaban en Lisboa, y el 9 triunfaba ya Borja en su empeño. D. Sebastián escribía al Papa que ponía sus navíos al servicio de la causa católica, y consentía en pedir la mano de la princesa de Francia. La reina quedó convencida también, y prometía no abandonar ya Portugal. Borja aseguraba la paz en donde había encontrado el desorden; pero no era dueño de los acontecimientos, y no fué culpa suya si la alianza, aceptada demasiado tarde, no pudo llevarse á cabo. Margarita de Valois era ya entonces la prometida de Enrique de Navarra.

Pío V ordenó á su legado se dirigiera á la corte de Francia. Borja debía acompañarle.

Hacía seis meses que resistía, más de lo que nadie hubiera podido figurarse, á las fatigas del viaje, pero el invierno, al cual se hallaba tan poco habituado, se anunciaba muy rudo. Se le dijo que en el camino de Francia encontraría la muerte, y él, animoso como siempre, marchó á su encuentro.

El 27 de Enero, Borja era huésped, en Burdeos, de Juan de Lauze, consejero del Parlamento. Este magistrado quedó tan admirado de la virtud del General, que en el acto se empeñó en fundar y dotar un colegio de la Compañía. Las buenas atenciones de algunos católicos no podían ocultar á los viajeros las ruinas de que las guerras de religión habían sembrado el país. La vista de ellas hizo más daño á Borja que el frío del invierno. El 2 de Febrero quiso celebrar la misa en una iglesia profanada y desierta. No paró de llorar mientras la dijo, y en todo el día cesó de repetir: *Deus, venerunt gentes in haereditatem tuam. Polluerunt templum sanctum tuum! Y también: Dereliquerunt pactum tuum filii Israel; altaria tua destruxerunt; prophetas tuos occiderunt gladio!* (1).

La corte se hallaba en Blois. El legado llegó allí el 6, Borja el 8. Hallábanse entonces en carnaval, y Carlos IX tuvo la extraña idea de ir delante del religioso, disfrazado como para un baile. El legado se había apresurado en llegar

(1) Dios mío, los gentiles han invadido vuestra heredad. Han mancillado vuestro santo templo.— Los hijos de Israel han hecho traición á vuestra alianza; han destruído vuestros altares, y su espada ha inmolido á vuestros profetas.

á Blois, tanto más cuanto la reina de Navarra se les había adelantado, pues codiciaba también para su hijo la mano de Margarita de Valois, mano que obtuvo. Carlos IX y Catalina de Médicis trataron á Borja como grande de España y como embajador. La reina mostró la mayor veneración al religioso, que tuvo que consentir en dejarle el rosario que llevaba en la cintura. Pero á todas sus demandas, contestaron los reyes sólo con pretextos desconcertantes. El legado no fué más afortunado. Carlos IX tenía sus razones para mostrarse impenetrable: si hubiese dicho una palabra de sus proyectos de matanza, indudablemente la noche de San Bartolomé no hubiera tenido lugar.

El 25 de Febrero hubo el legado de abandonar á toda prisa á Blois: acababa de saber que Pío V se hallaba enfermo. Borja le siguió, y cuando llegaba á Lión, todo el mundo se asombró de su estado. Su hermano más joven, Tomás, que más tarde fué arzobispo de Zaragoza, había logrado que le permitieran acompañarle de Madrid á Roma. Juntóse á él en Lión, en el momento en que el cardenal-legado, deseoso de encontrar al papa con vida, acababa de tomar la delantera y partía en posta para Italia. Hacía mucho frío. El pecho del P. Francisco se hallaba atacado, y el paso del Mont-Cenis no podía menos de serle fatal. Desgraciadamente, ningún médico comprendió su mal ni habló de detenerlo. Fué transportado á San Juan de Maurienne y á Modane. La fiebre le consumía; una especie de disentería le

agotaba; sólo podía avanzar dos leguas cada día por caminos cubiertos de nieve. A marchas forzadas, llegó á Turín. A su paso, salían las gentes sencillas de los pueblos, «como para recibir un cuerpo santo», y le pedían su bendición de rodillas. Se mostraba muy descontento de estas pruebas de deferencia, pero nunca lograba impedirles su disgusto.

Era necesario disimular toda tristeza delante de él. Un día, al volver en sí de un síncope, vió llorar á su hermano Tomás. «Si no os hubiera tenido por un hombre animoso—le dijo,—no os hubiera sacado de vuestro colegio de Salamanca.» En Bassignano, cerca de Alejandría, agravóse su dolencia, y tuvo que guardar cama trece días, en casa de un caballero. El pueblo asaltaba la morada gritando: «Queremos ver al santo Padre Francisco de Borja.» Y todos pusieron cara de huérfanos abandonados, cuando el enfermo se alejó.

Avisado el duque de Ferrara, Alfonso II de Este, del estado de su primo, envió una góndola á Alejandría para que se embarcara en ella. En cuanto Francisco pudo embarcarse, se le condujo á Ferrara. El duque le esperaba en la orilla, pero no pudo atraerle á su palacio. El religioso quiso habitar en la casa de su Orden, y comprendiendo que no podía continuar su viaje, envió á Roma á su hermano, y hasta el 3 de Septiembre permaneció en Ferrara, á donde había llegado el 19 de Abril.

Tomás supo en Bolonia la muerte del papa Pío V, y, al mismo tiempo, el cardenal Paleoto, obispo de Bolonia, le aconsejó que llevara á to-

da costa al P. Francisco á Roma, afirmando que muchos cardenales soñaban con elegirle papa. Como le objetara Tomás que su hermano no era cardenal, «El Sacro Colegio—respondió Paleoto—puede hacer lo que le parezca más conveniente.» El consejo del obispo no pudo seguirse, y, por otra parte, Gregorio XIII sucedía á Pío V el 13 de Mayo.